

LA CABELLERA

María Gracia Morales
Maldonado

Cuando desperté, había perdido la mitad del cuero cabelludo. Ya me lo había advertido el empleado anterior. A él le había sucedido igual desde la tercera semana. Hasta ese momento, yo no había notado las ligeras punzadas por la noche, pero esta vez las sentí como un hormigueo fatal e incesante. Soy demasiado joven para quedarme calvo, y demasiado feo como para ponerme más feo. Uno siempre piensa que los virus nunca se la agarran con la gente como uno... Supongo que se tiende a olvidar fácilmente que las grandes masas que mueren no tienen nombre ni aparecen en el periódico. Yo era uno de esos.

El empleado anterior se fue porque había perdido medio estómago. Yo me pregunté si me iban a despedir una vez que notaran esa desagradable capa sanguinolenta que ahora me ocupaba medio cráneo. Era como un pequeño mapa prehistórico... todo lleno de volcanes... un cielo rojo. Una mosca pegada podría ocupar el lugar de un dinosaurio, o de uno de esos otros animales que nunca llegamos a conocer.

La vieja de la casa tenía tres perros que aullaban todas las noches. Estaban encerrados en el pequeño patio que conectaba con la cocina por una entrada sin puerta. La mujer tenía demasiado miedo de la calle. Ellos no salían. La calle era peligrosa hasta para los animales grandes. Desde detrás de la puerta de la cocina, la casa se impregnaba de una atmósfera cargada de un hedor a desperdicios. Era una mezcla entre pollo hervido, caldo graso y caliente, y el añadido de olor a orín y estiércol acumulado en los rincones de la cocina.

Cuando yo entraba, ellos nunca estaban ahí. Eran más intrépidos que los gatos

del vecindario y sabían esconderse. No les gustaban los extraños. Solo entraba de vez en cuando, si es que la vieja lo ordenaba, si es que quería que le alcance alguna cosa. El resto del tiempo, era terreno prohibido. La verdad es que yo no los vi... pero sabía que estaban por los aullidos, por los orines y por la caca.

En una ocasión me quedé dormido con la ropa puesta. Estaba extremadamente cansado. Casi de mañana comenzó a picarme la cadera y, cuando desperté, un trozo de ella había desaparecido. "Al menos esta vez es algo que puede cubrirse", pensé, y me tapé el agujero con la camisa larga y los pantalones anchos. La vieja no notó la mancha de sangre porque siempre estaba ocupada en sus negocios. Era una persona ocupada. Me preguntaba si por eso mismo no cambiaba de casa.

Tal vez estaba tan metida en lo suyo que no quería perder el tiempo... o acaso éste no le alcanzaba ya ni para pensar en que el lugar estaba extremadamente viejo y destartado, y que no había forma de eliminar el hedor del ambiente. Tal vez ya ni lo sentía. Tenía años viviendo ahí (eso me dijo el empleado anterior, y a él se lo dijo el anterior). A veces creía que nuestro trabajo era por gusto, pero no lo decía porque la gente como yo no le habla a la gente que tiene casas, y porque cada tarde, en aquel lugar, podía sentarme en una mesa. No me gustaba lo que me servían, pero podía sentarme a la mesa.

La siguiente vez que ocurrió, me demoré en notarlo. Quizás estaba acostumbrándome, porque no lo percibí hasta la hora del desayuno. Nos habían servido esos huevos pálidos y pestilentes, revueltos con ese jamón prensado que estaba más tieso que la suela de mis zapatos. La peor comida siempre estaba destinada a gente como nosotros. Creo que la cocinera comía un poco mejor; porque era la encargada de alimentar a los perros, y la única que podía entrar en la zona cubierta cuantas veces quisiera. Era la más vieja de todos y, curiosamente, solo había perdido la mitad de la cara. Parecía una momia; el no tener un pedazo de rostro lo resaltaba...

El hecho es que yo noté que había perdido tres dedos de la mano derecha cuando quise agarrar la cuchara y no pude. Tuve que aprender a comer con la otra y me dije que debía solucionar el problema rápidamente, o pronto estaría fuera, así que tuve

que reemplazar una mano por un pie a la hora de trabajar.

Aparte de mí y de la cocinera, quedaba el chofer. Él también era relativamente nuevo y solo había perdido un ojo y una oreja. Para él no era tan problemático, porque aún podía conducir, y uno de los nuestros nunca debía ni ver ni oír demasiado. Los demás se habían ido. Algunos porque les faltaba demasiado cuerpo; otros simplemente se iban sin dar explicaciones. La dueña decía que era costumbre. Nadie duraba demasiado. Yo pensé que tenía razón.

Días después, perdí la otra mitad del pellejo de la cabeza y, como era de esperarse, me quedé calvo. Ahora lucía un cráneo rojo. No lo quería tocar porque parecía gelatina; lo que sí me molestaba era lo de las moscas. Cada vez era más difícil deshacerse de ellas, más cuando terminas de perder la mano derecha y el pie que usabas de reemplazo comienza a quedarse sin talón. Me preocupé. No pude dormir en toda la noche pensando que pronto estaría fuera. Me quedé mirando al techo.

En la cocina, los perros aullaban. Sabía que estaban ahí y no en el patio. Su presencia me había intrigado tanto desde que llegué, que había aprendido a seguirlos por el sonido... En mi mente divisaba sus paseos en la oscuridad. La cocinera estaba despierta. Ella los llamaba; ellos la seguían. Una pequeña puerta crujió. Tal vez sería la del depósito. Seguro que ahí guardaban toda esa porquería que nos daban de comer. Intenté dormir una vez más, pero siguió siendo en vano; tal vez porque, sin quererlo, me había atrevido a hacer aquello que no se nos permitía: me había dejado abarcar por la curiosidad. Entonces me levanté. Abrí la puerta y salí despacio. Era demasiado difícil caminar así. Sin más de medio talón, es un poco como tener una pierna de palo. Bajé y me acerqué al umbral. Desde la rendija podía percibirse una pequeña luz encendida a lo lejos, y algo que se movía... Posiblemente el brazo huesudo y chorreado de la cocinera... Y los perros..., seguro los perros.

Había una ventana del otro extremo. Sería mejor asomarme por ahí si quería ver más y correr menos riesgos. La ventana daba al patio, así que tuve que salir de la casa. La dueña seguía durmiendo. Nunca cerraba la puerta. Estaba tirada boca arriba

con la panza inflada como una morsa y roncaba ruidosamente. Parecía tener el sueño tranquilo. A su costado, en su mesa de noche, una foto de ella sonriente entre sus tres amados canes. Pasé de largo y salí. A la entrada estaba estacionado el coche, donde el chofer dormía profundamente, sin importar que ya le faltase la cabeza. Lo notaría al despertar... y "tendrá que irse".

Caminé por el pasto para no hacer ruido. Seguía siendo difícil, pero finalmente alcancé la ventana, que, para mi buena suerte, estaba abierta. Me asomé con cuidado para no ser percibido por esa vieja que, a sus noventa y tantos años, tenía mejor vista que la de un lince y el oído más desarrollado que un murciélago. Fue entonces cuando vi a los canes. Se revolían entre ellos moviendo la cola y dando brincos acrobáticos en el aire, impacientes por alcanzar aquello que sujetaba la mano de la cocinera. Era un filete rojo, jugoso, sangriento... El filete más rojo, jugoso y apetecible que había visto antes jamás.

Entonces quise rascarme la cadera que ya no tenía (puesto que tenía la costumbre de rascármela siempre), y la mirada somnolienta que tenía cayó casual y repentinamente sobre la mesa, ubicada al extremo izquierdo de la vieja. Ahí estaba estacionada la cabeza del chofer.

A la mañana siguiente, el resto de mi cuerpo seguía en su sitio. La cocinera fue removida de su puesto y se me encargó tomar su lugar. Afortunadamente, pude ingeniármelas con la otra mano y lo que me quedaba de pies. En adelante, yo compartí los filetes de los perros, extraídos cuidadosamente de las zonas más carnosas del cuerpo del nuevo empleado, a quien cada mañana servía sesos revueltos con cayos prensados de sus propios pies.